

## LOS SIETE NOVIOS DE LA BELLA JULIA.

NOVELA ESCRITA A TROPEZONES Y POR COMPROMISO,

POR

D. M. Larrazabal.

«Leed y sollad la risa:  
nada hay tremendo.”  
(Parodia de otros dos renglones  
de *La Familia Wieland*.)

## CAPITULO 1.º

*El autor, sin pedir permiso á nadie, suelta la lengua.*

-Las diez.... yyy media.... yyy serenooooo!

El sereno de una de las calles mas recónditas de la capital de Alava, acaba de arrojar al viento esas lúgubres palabras, que son la señal de que vela y está alerta, mientras los vecinos se entregan al reposo de sus cotidianos trabajos, y con las cuales hace público que es el *vice-versa* de los otros prójimos que gritan de día y callan de noche. Un silencio sepulcral reina en todo su distrito; y solo de vez en cuando es interrumpido por el martillo de algun maestro de *obra prima* ó *dorador de cáñamo*, que, por haber hecho del lunes domingo y haber convertido el mártres y miércoles en fiestas de guardar, vése precisado el sábado por la noche á dar puntadas de á vara, y pasarla en vela á la luz de un oscilante candil; que con dos cuartos de grasa y alguna que otra rascadura con la lesna consigue el zapatero tener alumbrado su taller para *concluir* perfectamente la obra que tiene entre manos (salvo unos cuantos surcos que la afilada cuchilla deja impresos en el cordobán al tiempo de pasar por la suela) y que le ha sido encomendada hace la friolera de cuatro semanas.

De los doce reverberos que dos horas antes resplandecian en la calle, para que los ciudadanos no se rompiesen las narices contra alguna esquina ó recibiesen algun dulce beso de un enorme guarda-canton, nueve están fuera de combate, ó mas claro, apagados, y los otros tres combatiendo con una muerte pronta y segura, pues ya es su luz como la que despiden los fogonazos, cuando por la noche se disparan armas de fuego. En el siglo de las luces, sin duda por antítesis, se cuentan las horas y se mide el aceite. ¡Cálculo anómalo! Me dida regular! Esto cuando la luna no tiene la cara vuelta hacia nosotros: pero cuando su intérprete el calendario nos anuncia que la pálida señora va á estar visible aun que sea tras de un tupido y acolchonado tapiz, entonces, ni se pesa, ni se calcula, ni se mide, ni se enciende. Siga la costumbre, y tumbé el que tumbé.

El sereno ha dejado su chuzo y su farol en una puerta tan grande y desconmunal como la de un Convento. Sin duda los primeros habitantes de la casa serian gigantes, ó quisieron imitar á aquel portugués que, sin embargo de haber mandado disponer en esta Ciudad cuarteles, cuyas puertas tuviesen veinte varas de largo y quince de ancho, dió á sus soldados, al tiempo de entrar por ellas, la terminante orden de «¡Cabezas!!...á terra.” Sea de esto lo que quiera, es lo cierto



que en la ciudad de Vitoria no solo tiene que admirar el viajero la colosal puerta que se acaba de describir; sino que innumerables casas, cuyas bocas son capaces de dar entrada á un navío de tres puentes, se le presentarán á su vista. Esto era una gran ventaja para los arquitectos de aquellos dichosos tiempos, pues con poner en comunicacion á los tejados con las puertas, la obra quedaba perfecta. Ahora la cosa ha variado de aspecto. No se abren grandes puertas pero se abren innumerables balcones y ventanas, en beneficio de los enamorados por pasatiempo, y en provecho de los vidrieros y ojalateros.

El sereno pasea á corta distancia de sus armas tarareando las *habas verdes*, para impedir que el sueño se apodere de sus sentidos, y que el cabo le haga una sustraccion en el pie. De repente déjase oír el ahullido de un perrito; el hombre-buho, acostumbrado á tales obligados en semejantes horas, no para la atencion y sigue cantando. Los ahullidos del perro van en aumento, ó en términos musicales, *crescendo*, y un sordo rumor, como el que proviene de una conversacion acalorada cuando se suscita á una distancia regular, viene á herir los oídos del sereno. Entonces, cogiendo el farol y empuñando su chuzo, marcha pausadamente en direccion del sitio de donde parece sale el ruido. No bien ha andado doce pasos, cuando en una de las últimas casas de la calle que hace esquina á un canton ú calleja, el cual sirve de escalera para subir á otra, que tambien tiene su correspondiente escalinata para ascender á la cúspide de la ciudad (porque han de saber los lectores que Vitoria la vieja tiene cinco pisos), se abre con precipitacion una ventana, por la cual asoma un ciudadano gritando: «favor!!!!!! socorro!!!!!! socorro!!!!!! que nos ahogamos!!!! A tan alarmanes voces el sereno echa á correr lanza en ristre y pito en boca, reclamando á los demas mochuelos que, como él, están encargados de velar por la seguridad de sus convecinos. Multitud de ventanas y balcones se abren estrepitosa y simultáneamente, cuyo estruendo hace que otra infinidad que no se hubieran abierto, porque sus dueños son poco curiosos para enterarse de una cosa que no les importa saber hasta la mañana, den entrada al ambiente de la noche.

En las ventanas déjanse ver cabezas adornadas de niveos gorros, lo cual indica que las personas á que pertenecen son del género fuerte. En los balcones se presentan algunas figuras con blancos cendales, sin que se pueda distinguir si son hembras ó machos: para el cuento lo mismo dá que sean lo uno que lo otro.

—¡Tia Geroma! ¿sabe V. porque tocan el silbato los serenos?

—No lo sé; pero supongo que hay fuego, ladrones, ó que ha sucedido alguna desgracia en la calle.

—¡Pues quedamos enterados!—Esto dice un aprendiz de abogado quien, no sabiendo en que balcon pueda estar asomada su querida, que es morenita y graciosa, ha recurrido al diálogo para llamar la atencion de la que es señora de sus pensamientos, estudios y cabilaciones; y á quien con razon supone el amartelado galan que la curiosidad habia impulsado á saltar de la cama al balcon. ¡Oh! los enamorados que se entienden, son muy curiosos.

—Apuesto á que toda la bulla proviene de alguna camorra que ha armado el señor Roque con su cara mitad!

—No es de estrañar, los mas de los dias está *alumbrado*, y ella tiene un genio que me rio yo.

—No, no: debe arder alguna casa de las de por allá abajo; pues sino me engañan los oídos, dan voces de *agua, agua!*



—Pues que toquen á fuego para que acuda gente á apagar el incendio.—Esclama un barrigudo procurador al tiempo de cerrar la ventana, para entregarse otra vez á las delicias de la cama.

—Si, si, que toquen á fuego, mientras el panzudo señor va á hacer la tortuga entre las sábanas.

—D. Policarpo Cubeto, es de aquellos que dicen á veces cuando hay peligro: «remirnos... y que vayan.»

El paso marcial y el silencio imponente de un piquete de tropa, que marcha en direccion del sitio de donde ha salido el ruido; al mismo tiempo que las misteriosas corridas de los serenos, cuyos farolitos anuncian la aparicion de esta especie de murciélagos en la calle por distintos puntos, hacen callar á los curiosos interlocutores asomados á las ventanas y balcones.

Muy pronto la casa del Sr. Roque el sastre, que es quien ha dado las alarmantes voces de ¡favor! ¡socorro! es cercada por la tropa y los serenos. A pesar del fuerte reten que custodia la puerta principal de la casa, el Sr. Roque ni su esposa se atreven á abrirla, porque, segun opinion del aprendiz, el peligro está en el zaguán y la tienda. Viendo la fuerza armada que es inútil aguardar á que los dueños de la casa abran la puerta, determinan echarla al suelo, si bien antes se intima al Sr. Roque la orden de que deje paso franco á la justicia. El sastre, bien sea por acatar el mandato de la autoridad, bien por haber recobrado algun tanto su valor, bien, en fin, de miedo de que al día siguiente le tilden sus vecinos de cobarde, se dispone -reforzado por su cara mitad- á cumplir la terminante orden de abrir la puerta.

Al mismo tiempo que los dos esposos bajan las escaleras con la ligereza que les permiten las diez arrobadas de carne y hueso que cada uno lleva sobre sus cortas y delgadas piernas; el perrito faldero—que dió la señal de alarma—sube corriendo en busca de su querida ama, y metiéndose entre los pies de esta la hace dar un vaiven, suficiente para que, á guisa de tonel, salve en pocos instantes todos los peldaños, contribuyendo esto á que el sastre ruede tambien en la misma postura y direccion, y á que todos tres, es decir, el amo, el ama y el perrito, se sumerjan en un abrir y cerrar de ojos en una laguna.

Al estruendo que los dos esposos, verdaderos aguamaniles semovientes, producen al bajar con tanta presteza las escaleras, y á los gritos y lamentos de ambos, se determina echar la puerta al suelo. Muy pocos momentos son necesarios para esta operacion, y para que mas de catorce farolitos iluminen el vistoso cuadro que presenta el portal del sastre; en el que figuran en primera línea este buen hombre y su cara mitad, quienes, cual dos atunes, están boca arriba en una balsa de agua, que tiene su origen en la tienda. No obstante el lastimoso estado en que yacen ambos esposos, los que tan valerosamente se han lanzado á su socorro, no pueden menos de soltar la risa y esclamar:—¡Sr. Roque! ¿tiene V. en la tienda alguna noria ó algun algibe?

—Qué he de tener, señores, si jamás entra una gota de agua en mi taller!—¿No es verdad, querida Toribia?

—Así es: mi marido no quiere tener el agua tan cerca: solo los domingos se lava la cara. Pero esta noche ha debido caer alguna abundante lluvia sobre nuestra casa, en castigo sin duda del poco caso que hace mi esposo del agua.

—No es lluvia, sino un rio que ha roto la pared y se ha colado en la tienda.



llevándose los patrones, las tigas, el perro, y -lo que es peor- mi cama: -dice el aprendiz, abriendo la puerta del taller.

En el instante penetran cuatro serenos en el obrador del Sr. Roque; pero no sin haberse remangado, antes los pantalones hasta las rodillas, como si fuesen á pescar ranas, porque la crecida es mayor por aquella parte. Busca por aquí, observa por allá y mira por aquel lado; ninguno puede dar con el origen ó nacimiento del río. Afortunadamente, el aprendiz da algunas luces sobre el particular, diciendo que cuando despertó la primera vez, porque el agua se le iba introduciendo en la cama, oyó un ruido debajo del tablero como el que produce el caño de una fuente.

Efectivamente; debajo del tablero en que el Sr. Roque trabaja en su oficio, sentido á lo musulmán, se encuentra la causa de la inundación. Un tubo de ojalata, introducido por una de las grietas de la pared, da entrada al agua en la tienda del sastre.

El reconocimiento escrupuloso practicado por la parte de fuera de la casa, da el siguiente resultado: Una larga y estrecha manga hecha con tripas de buey, cuyo principio tiene en el único caño de una fuente, que está situada cerca de la misma casa, y que viene á rematar en el tubo introducido por la pared, es la vía de comunicación del líquido entre la citada fuente y el taller del Sr. Roque.

—¡Ah! ya me decía el corazón que algún mal intencionado había de ser el autor de esta desgracia! Esclama el buen sastre al ver aquel acueducto provisional.

—Tu lengua si que ha de ser la que nos ha de echar por puertas: contesta la señora Toribia.

—Mira, muger, calla ó te sacudo otra vez.

—Si señor: tú eres la causa de nuestra desgracia, con tus chismes y enredos.

El sastre se dispone á cumplir lo que antes ha prometido á su esposa, zurrándole la badana, pero los serenos se lo impiden, amenazándole con que le atarán de pies y manos y que darán con su cuerpo en la cárcel.

Dejemos ahora que el Sr. Roque gruñe y eche ternos por lo bajo, y que su muger rabie por lo alto, mientras que el aprendiz y algunos otros se entretienen en desecar la balsa y mientras que yo estornudo y bostezo, á fin de entrar de refresco en la relación de otra escena maravillosa.

(Se continuará.)

*La siguiente composición forma parte de los ECOS NACIONALES, colección de poesías de D. VENTURA RUIZ AGUILERA, que verán la luz pública en todo el presente mes.*

### RONCESVALLES.

—Cuéntame una historia, abuela.

—Siglos ha que, con gran saña,

por esa negra montaña

asomó un Emperador.

Era francés, y el vestido

formaba un hermoso juego;

capa de color de fuego

y plumas de azul color.

—¿Y qué pedía?

—La corona de León.

Bernardo, el del Carpio, un día

con la gente que traía

«ven por ella» le gritó.....

De entonces suena en los valles

y dicen los montañeses:

—¡Mala la hubisteis, franceses,

en esa de Roncesvalles!

—¿Se acabó la historia, abuela?

—Allí con fiera arrogancia

los doce pares de Francia

también estaban, también.

Eran altos como cédros,

valientes como leones,

calbalgaban en bridones

águilas en el correr.

—Sigue contando.

—Salió el mozo leonés.

Bernardo salió, y luchando

uno á uno les fué matando,

y hubiera matado á cien.

De entonces suena en los valles

y dicen los montañeses:

—¡Mala la hubisteis, franceses,

en esa de Roncesvalles!



—Me gusta la historia, abuela.

—¡Con qué ejército, Dios mío, de tan grande poderío llegó Carlo-Magno acá!

¡Cuantos soldados!... No tiene mas gotas un arroyuelo, ni mas estrellas el cielo, ni mas arenas la mar.

—Y qué ¿triumfaron?

—Dios no les quiso ayudar.

El alma les arrancaron, como espigas se troncharon cuando silba el huracán.

De entonces suena en los valles y dicen los montañeses:

—¡Mala la hubisteis, franceses, en esa de Roncesvalles!

—¡Qué triste es la historia, abuela!

—Diz que dice un viejo archivo que no quedó francés vivo despues de la horrenda lid.

Y así debió ser, pues vieron al sol de estos horizontes, muchos huesos en los montes y muchos buitres venir.

—¡Qué gran batalla!

—No fué menos el botín.

Banderas, cotas de malla, y riquezas y vitualla se recogieron sin fin.

De entonces suena en los valles y dicen los montañeses:

—¡Mala la hubisteis, franceses, en esa de Roncesvalles!

—¿Y el Emperador, abuela?

—Huyó sin un hombre luego, la capa color de fuego rota, y sin plumage azul.

Bernardo, el del Carpio, torna á Castilla, tras la guerra, y al poner el pié en su tierra le aclama la multitud.

—¡Qué de alegrías!

—En verlas gozarás tú.

—Hubo fiestas muchos dias, tamboriles, chirimias y canciones á Jesus.

De entonces suena en los valles y dicen los montañeses:

—¡Mala la hubisteis, franceses, en esa de Roncesvalles!

Ventura Ruiz Aguilera.

El artículo que va á continuacion está tomado de la *Revista Literaria* de *El Español*, en cuyas columnas se publicó, firmado con el pseudónimo de *El Diablo Verde*

## EL HOMBRE-MOSCA.

Finalmente.... decia al principiár un sermón un fraile, que por lo visto no tendria grandes recursos oratorios, ni menos muchas ganas de hablar; y finalmente debia decir yo, al comenzar este artículo, si bien no he sido nunca ni tengo vocacion de ser fraile; de lo cual me libre Dios, lo mismo que de soltar un maravedí para ver las traducciones que todos los dias, y hace algunos años, nos están regalando las empresas teatrales de esta muy heroica villa, con mucha paciencia de los escritores y con no poco gusto de los editores, de quienes Dios nos guarde. Pero como no se me alcanza nada de esto de finalizar una cosa antes de haberla empezado, preciso será que, sacudiendo mi habitual pereza, dé principio á mi artículo, que bien puede creerse á cierra ojos, como si fuese de fé, ó como que en Madrid hay censores y moscas, mal que nos pese, en el mes de Junio de 1846. Y á propósito de moscas: no ha mucho que ha salido de mi habitacion un D. Cleto Machaca que, por su apellido, su abultado abdomen y, sobre todo, su pesadez, es el hombre mas fastidioso, mas empalagoso, mas cócora; en una palabra, el hombre mas mosca que he visto. ¡Ah, D. Cleto! Vive Dios que me voy á desquitar del mal rato que me ha dado V. hoy, pintándole desde el talon hasta el coronal, con el piadoso objeto de que todo el mundo le conozca y huya de V. y de los que con V. tengan alguna semejanza.

Veán ahora mis pacientísimos lectores, suponiendo cándidamente que esto deba leerse, veán ahora, repito, mis lectores, cómo he encontrado asunto para principiár un artículo, que habrá de concluirse cuando yo menos lo pensaba; pues debo decir que yo no he pensado en la vida lo que voy á escribir, lo cual se conoce á la legua, y es ni mas ni menos lo que suelen hacer otros muchos que por escritores



pasan, si bien estos acostumbran á escribir cosas que ni pensadas pudieran salir peor. Y tornando á mi cuento, digo, que así como Dios, autor de todo lo bueno, y hasta de don Cleto Machaca, que es el ente mas dañino que he visto: así como Dios crió de la nada el día, con solo decir *fiat lux*, y andando los siglos á don Cleto Machaca, diciendo: «Háganse los hombres-moscas;» así yo, con solo unas cuantas líneas que digan poco mas ó menos:—«Caigan los hombres—moscas» derribaré á don Cleto Machaca, le reduciré á polvo, le anonadaré, para que todo el que tenga en algo su tranquilidad huya de él como de una fiera.

Los que tratan á don Cleto Machaca dudan si es de carne y hueso, como todo fiel cristiano, ó es un pedazo de plomo con piernas. Por mi parte, no puedo resolver este problema en la actualidad, pues no entiendo de mineralogía mas que lo suficiente para distinguir si son ó no de buena ley las monedas en que me suelen pagar mis deudores,—que desgraciadamente son ningunos á estas horas—ó para pagar tarde y mal á mis acreedores—cuyo número es infinito—en la peor moneda posible, haciéndola pasar como buena y corriente. Así, pues, no me dentré á examinar los puntos de contacto que unen al hombre-mosca, ó á don Cleto, con el plomo.

Don Cleto Machaca me sigue á todas partes como la sombra al cuerpo, como una muger celosa á un marido confiado, como un mal poeta á la gloria; con la única diferencia de que la gloria está cada vez mas distante de un mal poeta, y D. Cleto Machaca mas cerca de mí cuanto mas quiero alejarme de él. Se pega á mí como las moscas á la miel, sabiendo que soy mas amargo que la retama, ó como decía Quevedo:

Mas negro que mi sotana,  
mas áspero que un erizo.

D. Cleto es impasible como un tronco, inalterable á la acción de todas las causas que tiendan á moverle, como ciertos cuerpos á la de los reactivos químicos; tiene mas calma que un Arcediano, pero lo que apenas tiene es sentido comun ni chispa, á no ser que sea aficionado á los placeres de Baco, en cuyo caso no dudo que tendrá no solo chispa, sino chispas y fraguas.

Un día estaba yo concluyendo á toda prisa una escena, tal vez la mas interesante, de un drama que traigo entre manos, una elegía á la muerte de Petronila, y otra á una perrita china, que allá se va todo; cuando hete á mí don Cleto, que vino á sacarme de mi arrobamiento, entablándose á poco este interesantísimo diálogo.

—«Adios, amigo.—Buenos dias, señor don Cleto Machaca.—¿Cómo vamos?—Bien. —Pues yo voy mal.—Me alegro.—¿Como? ¿se alegra usted?—Hombre, digo que me alegraré pase pronto esa causa que hace que usted no se alegre y que todos nos alegremos; precisamente ahora creo se estarán ocupando de la salud de V. Metternich y Peel.—V. siempre ha de tener esas salidas.—Y V. esas entradas.—Pues mire V. no sé de que entradas habla V. ni donde tendré esas entradas; mas, á pesar de ellas, anoche no pude encontrar ni siquiera una para ver I Puritani en el Circo; cuando fui no se cabía ya de patas.»—Miré á las suyas inmediatamente, convencime de que don Cleto pertenece á los animales que han dado en llamar racionales Buffon y otros *tontos* y deseando que me dejase en paz cuanto antes, le pregunté con un tono tan brusco como me lo permitía mi mal humor:—«Y es eso todo lo que tenía V. que decirme?—Vamos, me respondió con la mayor cachaza, V. está hoy de esplin.—Si señor.—No tiene V. ganas de conversacion.—No señor.—Ya sabe V. que soy su amigo.—Si señor.—Y no quisiera ver á V.,—Ni yo á V., iba á inter-



rumpirle; pero me contuvo la idea de no tener suficiente franqueza para echarle una fresca, ni bastantes puños para arrojarle por la escalera abajo, y mas viéndole tomar una guitarra, propiedad de la patrona, que comenzó á rascar desahoradamente (la guitarra se entiende) con la loable intencion, segun decia, de distraerse y distraerme. Hubo música unas dos horas, durante las cuales voló mi inspiracion para volver sabe Dios cuando.

Otro dia iba yo hácia el Prado, con el objeto de ver á la hermosa Rosita que habia prometido contestarme á cierta epístola, y de cuya contestacion dependia nada menos que la felicidad de mi vida, ó mi desgracia como dirian otros, pues se trataba de nuestro casamiento, y para algunos *boda y horca* son sinónimos: cada cual tiene sus aprensiones; digo, pues, que iba hacia el Prado, cuando al llegar á Villa-hermosa sentí en mis hombros la pesada mano del señor D. Cleto Machaca, quien, incorporándose con mi humilde persona, tuvo á bien no abandonarme en toda la tarde. No faltó Rosita al Prado: pero ¡oh fatalidad! cuando iba á ponerme á su lado, se me atravesó el hombre-mosca colocándose en mi lugar, y tuve que acompañar á la obesa mamá de mi adorado tormento. Dábame al diablo viendo hablar á Rosita como una cotorrá con don Cleto, cuya animacion crecía á medida que crecía mi desesperacion, y aun confieso que tuve celos. Al dia siguiente me dijo Rosita que toda la conversacion del hombre-mosca se habia reducido á hablar del tiempo, de que hacia calor cuando no hacia frio, de que habia mucho polvo en el Prado, y de que en Madrid suele llover cuando cae agua del cielo; fenómeno de que yo no tenia noticia hasta que D. Cleto vino á sacarme de mi ignorancia. Véase qué buena obra me hizo el hombre-mosca, por el placer de ocuparse de estas y otras cosas no menos importantes.

Si voy al teatro ó á una reunion cualquiera que parezca sociedad, me ha de tocar la desgracia de tener junto á mi á don Cleto, cuyo bárbaro entusiasmo le hace prorrumpir con frecuencia en exclamaciones, que ó me impiden oír en la atencion que yo quisiera, ó me trastornan la cabeza: —«¡Hombre, suele decir, qué verso tan bueno! fijándose en el mas detestable de la comedia.—¡Qué escena tan soberbia! Mire V. qué calva tiene ese de la derecha; esa calva debe de haberle provenido de algo precisamente.—Es claro.—¿Sabe V. qué es graciosa esa chica del palco de enfrente?—No me parece cosa mayor.—Pues á mi si; cada uno tiene su opinion.—Perdone V.; en cuánto á eso de opiniones, ni yo tengo la mia, ni cada uno es dueño de tener la suya. ¡Pues bueno fuera que pudiéramos opinar conforme á nuestras convicciones!—Pues, y como dijo el otro, sobre gustos no hay nada escrito.—¿Cómo que no hay escrito nada sobre gustos? Sepa V. señor mio, que en España se escribe sobre todo lo que se permite escribir, aunque casi no puede escribirse de nada; y para eso tenemos literatos á docenas y fábricas de papel, y casi tanta libertad como los rusos. Esto no lo dijo el otro, lo digo yo, y digo tambien que á lo que he venido aquí es á pasar el rato lo menos mal posible, y no á que se abuse de mi paciencia del modo que V. lo está haciendo.»

Si entro en un café á tratar con un amigo de cualquier asunto urgente, alli ha de estar de fijo el hombre-mosca; me vé, me echa los brazos al cuello con el mayor cariño, como que algunas veces no sé como no me ha ahogado, coge una silla, se sienta, se está una hora, aunque sea mirando al techo; y si, por desprenderme de él, salgo del café, se nos viene detrás creyendo que su compañía nos es sumamente grata.

El hombre-mosca se agarra á sus semejantes como la zarza al raso, como el



fiscal á cualquier pretexto para formular una denuncia, como la garrapata á la piel del cordero; y se complace en el martirio del prógimo como los antiguos sacrificadores en desollar las víctimas.

Es mas temible que un mal barbero, mas porfiado que todos los cesantes, viudas, esclaustrados y demas *ex* de España, y eso que, Dios bendito, no son pocos, ni andan muy lucidos que digamos, pues nuestros sábios gobiernos se han propuesto hacer ver á la faz del mundo que ni para vivir se necesita mas que estar en ayunas, ni para andar desnudo otra cosa que no vestirse, habiéndolo probado hasta la evidencia.

Como la mision del hombre-mosca es estorbar, no siempre lo hace hablando; á veces toma la determinacion de callarse; y, la verdad sea dicha, entonces debe reservarse grandes cosas, á juzgar por las que dice cuando no se está callado.

Se ceba, como el cólera-morbo, en todas las clases, condiciones, edades y sexos, sin distincion alguna. Se cuela como el aire por todas partes. En las redacciones no hace nada é impide que los demas trabajen; en las iglesias no deja oír misa á sus muchos conocidos, pues si algun hombre se relaciona con todo el mundo es el hombre-mosca. Las juvenes dicen:—«¡Qué hombre tan pesado! Las viejas y las feas.» ¡Qué hombre tan amable! por que se acuerda de ellas. Y yo digo: «¡Qué mosca!» Las moscas mueren á principios de invierno, como el poetastro dramático al comenzar el estreno de su primera produccion, con no poca complacencia del auditorio; pero el hombre-mosca es eterno; anda, y anda y anda como el Judio Errante, en invierno y en verano, en otoño y en primavera. La tormenta suele anunciarse con algunas señales que muchas veces dan tiempo á que la evitemos. El hombre-mosca, que es peor que una tormenta, y que algunas comedias que me sé yo, y muy aplaudidas por mas señas, no se anuncia jamás, cae de repente como nube de verano cuando menos se piensa, ó como el *golpe de la justicia* que, como dijo Moreto: «*No se ve hasta que se siente.*»

Si á esas propiedades reúne la de ser ó creerse literato habla, y habla, y habla sin sustancia y no sale de los *sonetos* y las *odas*, los *pirriquios* y los *espondeos*, *Calderon* y *Perico el de los Palotes*.

Los dedos del hombre-mosca tienen una particular afinidad con mis botones; cuantas veces me encuentra, que son todas las menos que yo puedo, me los cuenta uno por uno; al tiempo de hablar me aja el chaleco ó la corbata y me tira del bigote, dándome otras mil pruebas de su acendrado cariño.

No hay mejor pretendiente que el hombre-mosca. Anda de oficina en oficina, de ministerio en ministerio; asalta al portero y al ministro; insta, ruega, porfia, da pocas veces, dinero se entiende, pero no escasea los malos ratos; y como es pobre porfion saca limosna. Las muchachas tienen que amarle casi á la fuerza; y porteros, oficinistas y ministros, todos le temen tanto como á un pronunciamiento en sentido contrario, que es cuanto puede decirse en elogio del hombre-mosca, quien algun tiempo tuvo la simpleza de creer que aquellos honrados ciudadanos tenían el alma de piedra berroqueña y los oídos tapados á cal y canto.

Finalmente, digo con el fraile del sermón, ahora que estoy terminando este artículo; don Cleto Machaca, es el dispensador de todas las desdichas que afligen á uno en este pícaro mundo; y no puedo menos de rogar á los naturalistas que estudien este ser, que en último resultado no sabemos á qué reino pertenece, á fin de que despues de conocido, vean los físicos si descubren un medio de libertarnos de él, inventando un *para-hombres-moscas*, así como se han inventado *para-rayos* y *para-granizos*.

Ventura Ruiz Aguilera,



*Consideraciones generales sobre la fisonomía particular que ha distinguido á la España en los periodos históricos anteriores al siglo XV.*

Si fuéramos á escribir la historia de la civilización española, tarea habria para ocupar algunas páginas y la pluma del escritor mas concienzudo. Ni nos hallamos á tanta altura que podamos tratar el asunto con el detenimiento, recto juicio, y preclaro ingenio que su inmensa importancia ecsige; ni creemos que hasta el presente se haya llenado este vacío entre nosotros con toda la crítica y filosofía necesarias, apesar de alguno que otro ensayo intentado recientemente.

En el cortísimo tiempo que llevamos de instituciones libres, los pensadores enteramente ocupados en la política militante y en las ardientes discusiones teóricas á que han dado lugar las tentativas de trasformación económico-políticas, verificadas en los tres periodos revolucionarios, por que ha pasado la península Ibérica, no han podido emprender este trabajo, que se halla terminado ya en algunas naciones preponderantes de Europa. El buen gusto, y el elevado criterio que se van desarrollando en la estudiosa juventud contemporánea, nos inclinan á creer con sobrado fundamento, que saldrá de la nueva escuela filosófica, verdaderamente nacional, un monumento literario de esta naturaleza, que propios y extraños aguardan con marcado interés y hasta con impaciencia.

Así, pues, reduciremos á los límites mas cortos que podamos, el vastísimo cuadro que se presenta á la imaginación, al recordar el pasado de nuestra patria, á partir de los tiempos remotos hasta la época del renacimiento Europeo; procurando, sin embargo, que cada periodo histórico conserve su colorido propio y natural.

A los Fenicios y Cartagineses, sucedieron los Romanos en las relaciones políticas y comerciales que la península Ibérica mantuvo constantemente con las naciones mas civilizadas del mundo. En la lucha encarnizada trabada entre Cartago y Roma, tocó á la Iberia ser el teatro de la acción principal. Ambas naciones, guiadas por un mismo espíritu, habian logrado formar partido en nuestro suelo. Sagunto era una de las ciudades que simpatizaban mas con Roma: sitiada y combatida fuertemente por los Cartagineses, al mando del célebre Aníbal, supo resistir al enemigo con tanto valor, que su última y heroica determinación ha quedado consignada en la historia de los pueblos como un ejemplo vivo del indomable carácter que distinguía á la primitiva raza que pobló la España.

Destruída Cartago, y viéndose sin rival la república romana en sus pretensiones, puso su gran conato en la conquista de la Península. Numancia trae á la memoria la mala fé de esta república, y la humillación de los ejércitos consulares ante la inmortal ciudad: mas la alevosa política de Roma y la pericia militar de sus generales, sacaron partido de las civiles discordias que dividían á los Españoles. Los dos Scipiones concluyeron de sugetar la mayor parte de la Península, siendo esta desde entonces una provincia romana, y mezclándose su historia con la de la absoluta dominadora de las naciones. Hasta tal punto se identificó la suerte de España con la de Roma, que las mismas convulsiones políticas que agitaron á la metrópoli se sintieron también en nuestro suelo, como lo prueban las hazañas de Sertorio, la determinación de los hijos de Pompeyo y la decisiva batalla de Munda. Costumbres, pero mas que costumbres, las instituciones, idioma, leyes que regian,



tomáronlos nuestros mayores de los romanos; y los elementos de cultura y civilización pagana, poderosamente desarrollados en nuestro país, sobrepusieron á los de todas las demás partes del globo, casi llegaron á igualar á la cultura y civilización Italianas. Sobre todo, en la época de los Emperadores, periodo el mas floreciente para la Península, fué esta privilegiada comarca del vasto Imperio el objeto predilecto de las solicitudes y cuidados de los Gefe del Estado, algunos de los cuales (Trajano y Adriano), nacidos en España, se esforzaron en promover su civilización material y moral con tan esquisita perseverancia que han dejado consignada á la posteridad su grata memoria en monumentos imperecederos. Marcial, Lucano, Séneca y Quintiliano, todos ellos españoles, bastan entre otros muchos para hacer ver la altura á que habia llegado la literatura hispano-romana.

A los Alanos, Suevos y Vándalos, sucedieron en la invasión y dominio de la Península los Visigodos, que habiéndose comunicado con los romanos mucho antes que las demás naciones bárbaras, traian gérmenes de sociabilidad, de que carecian las demás tribus. La monarquía visigoda, que duró 300 años, trasformando la civilización hispano-romana, preparó con la conversion de Recaredo al catolicismo las bases del espíritu nacional, que fortalecido con el vinculo de la creencia religiosa, contribuyó, después de la estincion del Imperio visigodo, á la restauración española verificada por Pelayo y sus sucesores.

La aparición del código de los Godos, el *Fuero-Juzgo*, manifiesta la civilización particular que distinguia á los nuevos dueños de las fértiles provincias de la Península. Es incuestionable en el día la inmensa superioridad de este código sobre todos los que por aquel tiempo, y aun mas posteriormente, rigieron á los pueblos invadidos por las tribus del Norte. Los visigodos, al destruir la legislación romana, la sustituyeron con otra mas nacional, mas equitativa, y sobre todo, mas liberal.

Las actuaciones jurídicas que prescribe el código contrastan, mayormente comparadas, con la situación de los dos pueblos que componian la monarquía, y con la barbarie general de Europa. Habia cierta filosofía en la ordenación de las materias de que constaba el importante monumento, y hasta en la correlación de los delitos y penas. En el orden político, aunque no se tomase en cuenta mas que el sistema de elección, esto seria suficiente para admirar la prevision de nuestros mayores, pues con él ponian fuertes trabas al despotismo de los reyes.

Si la cultura, pues, Hispano-romana, es brillante en la historia de la península, la formación de la constitución social, política y religiosa de los visigodos, es superior á cuantas en su tiempo se conocian. Tal vez no esté sino fundada en razones muy poderosas la opinion casi general de que á esta misma civilización debe atribuirse la degradación de la sociedad española, cuando la invasión sarracénica, merced á la molición que se infiltró en todas las clases de la nación. Contribuyeron, no obstante, al desenlace funesto de las márgenes de Guadalete, las disensiones intestinas, que habian minado la patria de los Recaredos, cuyos descendientes en el sόlo, envilecidos hasta el extremo, ni supieron gobernar conforme á la tradición, ni mostrar el patriotismo que animára á sus heroicos antecesores.

Desde la invasión musulmana, en que se verifica el fenómeno histórico que tanta trascendencia tuvo en los destinos de nuestra patria, hasta que la monarquía adquiere la unidad con el casamiento de Fernando é Isabel, todo el tiempo transcurrido presenta tres caracteres notables, que reásumen y esplican la situación moral y política de la Península. Principia la larga y cruenta reacción de razas y nacionalidades en las crestas de las montañas de Asturias, y concluye con la conquista de Granada: re-



accion necesaria para salvar la patria y la religion, que llena el espacio de mas de VII siglos de combates entre la cruz y la media luna. En lo sucesivo acompañará al espíritu nacional cierto carácter caballeresco, que aun hoy distingue á los españoles, y la nacion conquistará con su valor y perseverancia en la cruzada guerrera y cristiana el reconocimiento de la Europa entera, que asombrada de la gigantesca lucha entre el Norte y el Mediodía tiene tiempo para labrar su obra de civilizacion, guarecida tras la muralla que opone la península á la invasion de los hijos de los desiertos. A medida que se disminuye la preponderancia de estos; á medida que, destruido el imperio fundado por los Omniades, son acorralados los creyentes por los adoradores de la cruz; se entibia la fé de estos y se relajan los vínculos de la union fraternal, que guiáran á los cristianos á combatir á sus enemigos comunes. Sobrevienen las querellas de los principes, ansiosos por ensanchar los limites de sus respectivos estados, y se originan las guerras civiles que los principes cristianos promueven entre si. Las turbulentas minorías ofrecen un estudio, digno de la apreciacion mas concienzuda, al que quiera penetrarse profundamente del espíritu de individualismo que distinguia por aquel entonces á los grandes del pais, al paso que enseñan útiles lecciones que la politica no deberia olvidar jamás.

Los desmembramientos de los territorios, adjudicados por los reyes á sus hijos al finalizar su reinado, (funesta mania generalizada por aquel entonces en toda Europa), crearon cinco estados en la península, con corta diferencia iguales en extension y fuerza interior, á saber; Portugal, Castilla, Leon, Navarra y Aragon. Mal avenidos con sus vecinos, los principes no desperdiciaban la ocasion que se le presentaba de emprender guerras, en las cuales los súbditos, á la verdad nada ganaban, siendo únicamente el objeto el engrandecimiento de los reyes. Ningun caracter nuevo presenta este período; el que sigue, esto es, el de las guerras civiles, está sembrado de situaciones trágicas, que carecen del fin glorioso que acompañaba al primer período.

Por lo demas, en las constituciones de las diversas monarquías se verificaron análogos accidentes que en las de las demas naciones Europeas. Si se tiene presente la anterioridad con que se desarrolló entre nosotros el principio democrático, la indole de la legislacion del reino, la naturaleza de nuestras costumbres etc. etc. se vendrá en conocimiento de lo arraigado que se hallaria en el pueblo Español el sentimiento cristiano—democrático, antes que estrañas dinastías reales viniesen á ahogar nuestras libertades municipales.

En la época á que nos referimos, esto es, cuando aun no habia venido al mundo el príncipe, que habia de servir de modelo á Maquiavelo en su obra politica titulada «*El Principe*,» el trono era el aliado seguro del pueblo, y generalmente ecsistia la mejor armonia entre estos dos elementos, siempre que la nobleza inquieta alzaba pendones contra los monarcas. Pactos concluidos en momentos solemnes entre los reyes y las ciudades; costumbres tradicionales, hábitos creados en la gloriosa lucha contra los moros; y hasta el aislamiento en que vivian nuestros mayores, de los otros Estados, donde no podian intervenir por lo ocupados que en su patria se hallaban, todas estas causas concurrieron á crear ese matiz de independencia que se advierte en nuestras antiguas Córtes, y ese colorido democrático de que se hallan impregnados nuestra legislacion y nuestro espíritu nacional.

Agustín Mendieta.



## PROYECTO DE BODA.

Tiene D. Gil una hija  
y un hijo D. Emeterio,  
que se unirán -Dios mediante-  
así que pase el invierno.

La moza se llama Paca,  
Roque se llama el mancebo,  
tan diversos en figura  
como en carácter diversos.

La Paca es nieve de blanca,  
es Roque un carbon de negro,  
flaco el uno, y es la otra  
un bombo de regimiento.

Alto es él como una torre,  
es ella como un mortero,  
la niña es chata, y del niño  
las narices meten miedo.

El pecho de él *tamquam tábula*,  
y (aquí escopeta te quiero)  
ella parece que lleva  
colgado al cuello un borrego.

Así estas constituciones  
igual que las de los pueblos,  
si á uno le preparan tisis  
á otro ataques apopléticos.

Las piernas de él son alambres,  
las piernas de ella talegos,  
si he de juzgar por el *frontis*  
lo interior del monumento.

El parece una *elegía*,  
ella un trozo de ternero,  
Roque un espíritu puro  
Paca una fonda en compendio.

El es todo poesía,  
un vaporcillo ligero,  
toda ella positivismo,  
prosa, caminos de hierro.

Pues si es así la figura  
*idem per idem el genio*,

antipodas uno de otro  
como es un gato de un perro.

Basta que el uno se empeñe  
en que detesta los berros,  
para que la otra se atraque  
aunque reviente con ellos.

Y si pondera los nabos  
de Fuencarral el mancebo,  
ella dice que no hay otros  
mas ricos que los gallegos.

El se apipa de agua pura,  
ella de vino estremeño;  
así el mozo es un carámbano,  
así es ella un vivo fuego.

El es hombre mas pacífico  
que el curso de un arroyuelo,  
y es ella tan pendenciera  
que por nada arma un enredo.

Don Roque es un tenebrario  
y la Paca es un jaleo,  
ella por terne y alegre,  
él por triste y macilento.

La doncella es mas celosa  
que una gata por enero,  
y él no se pica, aunque vea  
que la hace el oso un egército.

El tiene *pecunia* larga,  
ella ni un ochavo viejo,  
sabe Paca mas que Lepe  
y D. Roque es un mastuerzo.

¿Qué fruto dará esta boda?  
¿Será malo? ¿será bueno?  
¿Será algun hermafrodita,  
una pulga ó un camello?

Solo Jehová lo sabe,  
pero nosotros diremos,  
que hay sospechas de que sea....  
lo que el cielo haya dispuesto.

Ventura Ruiz Aguilera.

## LOS SIETE NOVIOS DE LA BELLA JULIA.

### CAPITULO II.

*En el que se da cuenta de cómo la bella Julia habia convertido su balcon en una nueva Administracion de Correos.*

A la misma hora sobre minutos arriba ó abajo en que pasa la escena que se acaba de referir, dos jovenes envueltos en sus capotes caminan apresuradamente



por los *cantones* y encrucijadas para no ser vistos de los serenos, á fin de que no se les malogre la empresa que van á cometer con aire resuelto; y, al efecto, llevan una enorme escalera de mano. De vez en cuando se detienen para cerciorarse, sin duda, de si alguien les sigue la pista, y descansar del peso de las dos arrobas de leña que el que parece autor de la empresa lleva á cuestas. En una de las paradas que se ven obligados á hacer, puede oírseles el siguiente diálogo.

—Desengáñate, Eduardo: esa joven, que á nuestro querido amigo Luis tiene sorbidos los sesos con sus dengues y zalamerías, y que bien pronto hará que le entierren bajo siete palmos de tierra, ó cuando menos que lo mandemos hecho un fardo con el primer convoy que salga para Zaragoza, es la mas refinada coqueta de todas las mugeres del mundo. Confiada en su buen palmito y en el numerario que cuenta su Papá, se ha propuesto, segun trazas, tener una coleccion variada de novios; pues por ella se derrite un militar, se acaramela un médico, hace el oso un comerciante, se convierte en cadete un grave jurisperito, y, lo que es peor, nuestro apreciable amigo va á perder la cabeza por no querer abrir los ojos á la verdad.

—Creo que te equivocas, Eusebio: Julia quiere solo á Luis; y prueba de ello son las cartas tan tiernas y espresivas que le dirige.

—Bobería! ¿Crees tú que la bella Julia no sabe engañar asi por escrito como de palabra? ¡Novicio, por cierto, eres en las tretas de *amor sistemático* de estos tiempos! Dentro de poco te vas á convencer de esta verdad: verás con tus propios ojos la administracion de correos que ha establecido esa divinidad, en su balcon.

—Mira, Eusebio; no sea que te equivoques despues de los peligros que tenemos que arrostrar para llegar al punto de tu empresa.

—¡Ea! si tienes miedo retírate: se me ha puesto en la cabeza, y he de cumplir la palabra que he dado de registrar esta noche el balcon de Julia.

—Miedo sabes tú que jamas lo he tenido; pero esta disforme escalera....

—Pues á fé que te puedes quejar del peso de la escalera, cuando vas imitando bien mal á Simon Cirineo, mientras yo llevo la cruz á cuestas!

—No es del peso de lo que me quejo, si no de que si nos ven los serenos nos \* tomarán por ladrones, y entonces....

—No hagas caso de nada, y salga el sol por Antequera.

Esto diciendo, vuelve Eusebio á cargar con la escalera, y ambos amigos echan á andar: asi que llegan á una calle bastante espaciosa, hacen alto, frente de una casa de muy buena fachada.

—He aqui el fin de nuestra expedicion: ahora no falta mas, carísimo amigo, sino que coloques la escalera en este lado y demos el asalto con valor y serenidad. Quédate de reserva al pie de la escalera, y sugétala bien, no sea que se corra y por *ende* me rompa las narices.—Despues de haber dirigido Eusebio á su compañero esa perorata, á guisa de General en Gefe, tercia su capote y trepa por la escalera arriba hasta llegar al balcon en el que, segun sus observaciones, los que rinden culto á aquella deidad van depositando sus respectivos billetes amorosos, mediante una piedrecita que cada uno de ellos tiene cuidado de colocar en el papel para que no se lo lleve el viento.

Efectivamente, el pensamiento de Eusebio se ve realizado: encuentra el balcon convertido en una estafeta: seis epistolas escritas en papel de diversos colores mete en uno de los bolsillos del pantalon. No contento con el alijo que acaba de hacer, trata de mirar y de remirar hasta el último escondrijo del balcon, por si hay oculta alguna otra comunicacion.



Estando entretenido en tan escrupuloso registro se oye el pito de los serenos, y se ve á estos correr en distintas direcciones, cuya alarma, como han visto ya los lectores, es producida por los desaforados gritos del Sr. Roque el sastre.

Eduardo, ó mas bien, el que ha hecho el papel de Simon Cirineo en la conduccion de la escalera, cree que la alarma de los serenos es motivada por haberles descubierto dando el asalto; por lo que, imitando á los gefes que dicen *sálvese el que pueda*, cuando no hay remedio, echa á correr diciendo: ¡estamos perdidos!- Con la celeridad que emprende la retirada, tropieza uno de sus pies con la escalera, haciendo que esta se venga al suelo. Viendo Eusebio que tiene cortada la comunicacion entre el balcon y la calle, trata de dar un brinco; pero muy luego reflexiona que sus huesos pueden sufrir detrimento y quebranto en el salto sin trampolin, y dice: ¡Qué diablos! para romperse uno las costillas siempre hay tiempo; ademas de que la cura sería en una de las mullidas camas que existen en los profundos calabozos de la cárcel; y luego con razon me dirian tras de cornu..... etc. ¡Ea! Eusebio, trata de recobrar tu serenidad y sangre fria, y salga lo que salga: en peligros mas inminentes, que el que ahora se presenta, te has visto, y de todos ellos has salido bien. Ese diablo de Eduardo que es un gallina, se me ha escapado, echando por tierra mi puente levadizo.

De repente siente Eusebio el pestillo de las puertas del balcon, y á muy poco de abrirse estas de par en par aparece una *rolliza matrona* en paños menores, á quien sin duda el miedo que ha producido la escalera al tiempo de caer la ha despertado. Al verse cara á cara nuestro joven *desfacedor de entuertos* con una muger como un castillo, cuya boca es capaz de dar salida á todos los puntos de una orquesta y alborotar el barrio, trata, valido del asombro, ó mas bien del susto que le ha causado tan inesperado encuentro, de persuadirla con palabras dulces y suplicantes, á fin de que no entone ningun obligado, diciéndola que él no es un malhechor, sino un rendido galan de la señorita de casa, que no pudiendo entrar por la puerta subió por el balcon.

La colosal muger, conociendo que el escalador tiene miedo, recobra su valor y empieza á gritar con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Ladrones!!!!!! ladrones!!!!!! ladrones!!!!!!

Nuestro héroe, juzgando que siempre es mas fácil bajar por las escaleras que por el balcon, se aprovecha de la entrada franca á la casa que la robusta sirena le ha proporcionado; y sin reparar ni reflexionar en las consecuencias que de esto le podrian sobrevenir, le da un fuerte empuellon, logrando por este medio el paso espedito á una elegante estancia en la cual, despues de haber echado por tierra unas cuantas sillas, alguna que otra mesa, y haber hecho rodar varios floreros y otras frioleras, consigue penetrar por una puerta que él no sabe á donde conduce, hasta que una de sus manos le revela que está muy cerca de una cama, pues acaba de tocar de plano un rostro, que por cierto no es terso ni liso, sino bien áspero.

Al sentirse festejada tan *exabrupto* la persona á quien pertenece el áspero rostro, dice: —¿Quien va allá?

Nuestro joven emprendedor, que solo trata de alejarse de aquel sitio para que no le puedan atribuir otra aventura distinta de la que allí le ha conducido (porque son las lenguas tan maliciosas en materias de aventuras nocturnas!) vuelve á los tropiezos, lo cual produce un espantoso estruendo. La persona de la cara áspera repite tres veces —¿Quien está ahí..... quien está ahí... quien está ahí...? —El demonio.... contesta Eusebio al tiempo de salir por la puerta de la estancia. Llega como á la mitad



de un pasadizo creyéndose ya seguro de todo peligro, al menos por el instante, cuando siente los pasos de una persona que viene muy cerca, llevando al parecer distinta direccion que él. Nuestro héroe no puede marchar ni hacia atras ni hacia adelante, porque por ambos lados hay peligro. El pasadizo es bastante estrecho, pues apenas pueden marchar holgadamente dos personas á la par, lo cual es causa de que nuestro aventurero nocturno reciba un inesperado y fuerte beso, que ha puesto en un inminente peligro sus narices al rozarse con las del enemigo, quien con una voz atiplada y balbuciente esclama: —¡Juana! ¿qué haces ahí?— Viendo Eusebio que el encuentro no es de varon sino de hembra, á juzgar por la voz que le ha interrogado, confundiéndole sin duda con la criada; responde, valido de su habilidad de ventrilocu: —¡Señora! al amo le ha acometido un cólico fuerte!

Estas cortas palabras son suficientes para que nuestro aventurero se libre de aquel nuevo tropiezo, pues la que ya debe suponer el lector como dueña de la casa, echa á correr en direccion del cuarto de donde hace poco salió Eusebio. Este halla, por fin, la escalera que conduce á la puerta principal, y se dispone á bajarla precipitadamente, aunque para ello tenga que apechugar con un escuadron de coraceros. Ha salvado ya unos cuantos peldaños; pero un nuevo, y no pequeño peligro, se le pone por delante: los moradores del primer piso, al oir el estrepitoso ruido que meten los del segundo, y creyendo que ocurre alguna desgracia, suben en tropel como buenos ciudadanos. Nuestro héroe, con la serenidad y sangre fria que no le han abandonado en la empresa, recurre por segunda vez á su habilidad de ventrilocu para conjurar la tormenta, gritando: —¡fuego en la chimenea!!!! fuego en la chimenea!!!

Unas seis personas pasan rozando al autor de toda aquella tremolina, quien suelta la risa, al observar que los valerosos inquilinos van como almas que lleva el diablo en direccion del tejado. Desembarázase de tales enemigos, y dá de hocicos con un pobre hombre que habita el entresuelo, y que sale gritando de su morada: —¿Qué sucede esta noche, Dios mio, en la casa?

—Que se ha hundido el tejado, contesta Eusebio, apresurándose á abrir la puerta que dá salida á la calle.

El intrépido aventurero deja la casa hecha un infierno, ó mas bien, una torre de Babel: todos gritan y nadie se entiende: mientras los unos inspeccionan las chimeneas, corriendo por los tejados, los otros se entretienen en sacar á la calle los muebles mas preciosos, de miedo de que la casa se venga al suelo. En tanto que la gigante *Vestal* sostiene al amo, creyendo que ha perdido la cabeza, al oirle que el demonio se le quiere llevar en cuerpo y alma, el ama cuece manzanilla y flores cordiales, suponiendo á su marido víctima del cólera-morbo..... A la media hora se vé entrar en la casa un profundo Hipócrates, profundizado en su gaban, y que á su pesar ha sido sacado del profundo sueño en que yacia pocos momentos antes, soñando sin duda en los numerosos *de profundis* que, gracias á su ciencia, se habian cantado. El médico, despues de mil rodeos y circunlocuciones, y despues de haber hablado ocho minutos en latin y catorce en griego, dice, por fin, en enigmático romance, que no hay que apurarse, es decir, que por esta vez la ciencia ni llama al sacristan, ni necesita campanas, ni prescribe entierros, puesto que la indisposicion de la señorita Julia es un ligero ataque de nervios, bautizándole con el estrepitoso é ininteligible nombre de *piropsis turbulenta* ocasionada por algun susto.

Al dia siguiente llueven las preguntas y esplicaciones, cayendo de rechazo en la infeliz criada, porque todos convienen en que ella fué el autor de la alarma en



la pasada noche..... Por la mente del ama cruza una idea bastante sospechosa.....

Algunas personas que se entretienen en divertirse á cuenta del prógimo, propalan la noticia de que los serenos han pescado dos enormes *truchas* en el portal de la casa del señor Roque el sastre.

### CAPITULO III.

*De cómo el Poeta SINALEFA se hallaba componiendo coplas para su presunta querida; y en el que verá el lector la relacion que tienen los cuentos anteriores.*

La plazoleta de Santo Domingo, centro comun en otro tiempo de los carros de leña que venian de la parte del siempre ponderado valle de Zuya, cuyos naturales llevan á cuestras la fama de ser buenos matemáticos para lo de cuadruplicar las cargas de tan necesario combustible al entrar en la Ciudad, sin otra ostensible operacion que la de descargar los carros y colocar despues en ellos los troncos y tizones á manera de puentes colgantes, con el plausible objeto de producir en los compradores ilusiones de óptica respecto al volúmen; esa plazoleta, pues, sirve como de receptáculo á los que, entrando por la puerta denominada de Arriaga, tratan de atravesar cualquiera de las tres angostas y frias calles nombradas Correría, Zapatería y Herrería que, paralelamente y en progresion ascendente, se estienden por la falda de una colina, en cuya cúspide está la *Villa Susó*. Estas tres calles gemelas, cuyas luces no han participado aun del benéfico desarrollo que este siglo alumbrador va dejando en pos de sí, tiene marcados sus limites por la parte del mediodia con unos arcos góticos á guisa de gateras, por los cuales entra y sale la gente. Esto indica, sin necesidad de consultar historias, revolver cronicones, ni dar vueltas por los archivos, que los vitorianos allá en tiempos remotos estaban encerrados, con el objeto de defenderse en caso necesario de los malandrines y follones, que tratasen de armar camorra contra la capital de Alava. Las troneras abiertas encima de los arcos son testigos fieles, que dicen que la gente de esta tierra tambien se hallaba dispuesta á disparar la flecha y manejar el arcabuz, cuando todavía se usaban la chupa y el calzon.

Las referidas calles, con otras tres que tambien se estienden en el mismo orden y en la misma progresion ascendente por el declive que la citada colina presenta hacia el oriente, son las que constituyen hoy dia lo que se llama VITORIA LA VIEJA, la cual se asemeja, vista desde la torre de la COLEGIATA, á unas *artolas* colgadas del lomo de una caballería. El resto de la poblacion es todo nuevo, hermoso y elegante. La construccion de las casas participa del gusto del dia, y las calles son espaciosas y rectas. A los que traten de visitar la Ciudad de Vitoria les aconsejamos que hagan su entrada por la PUERTA DE CASTILLA y no por la de ARRIAGA, si quieren gozar de la hermosa perspectiva que por aquella parte presenta la poblacion.

Teniendo ya los lectores algunos pormenores respecto de la Capital de Alava, y no ignorando que está dividida en dos partes, VIEJA la una y NUEVA la otra, pueden seguir sin estorbos ni tropiezos el curso de los sucesos que vamos á referir.

La calle de la Herrería tiene dos fuentes, colocadas la una al principio, y en el hueco que hay entre la casa-palacio de los señores de Alava y unas cuantas posadas tan antiguas como la misma fuente; y la otra, al fin de la calle entre la pared que circuye la puerta del convento de Santo Domingo y una magnífica ca-



sa. Entre estos dos surtidores de agua, entran en formacion irregular, describiendo lineas unas veces rectas y otras curvas, como ciento cincuenta casas de todos tamaños, que vienen á componer el cuerpo y el alma de la referida calle. A unos cincuenta pasos de la última fuente y á la mano derecha, como quien viene de la plazoleta de Santo Domingo, elévase un edificio de ignoble fachada, pero de sólida arquitectura, que salvo algunos remiendos hechos con yeso y ladrillos, que son otros tantos lunares, y algunas pequeñas alteraciones parciales, que han convertido á las antiguas rejas en disformes balcones y á las anchas troneras en estrechas ventanas, todo lo demas debe de ser obra de los hombres que comian y bebian en tiempo de los *Motexumas* y de los *Tancredos*.

Decoran la negra fachada de tan estrambótico edificio tres balcones volados, y tan volados que casi pueden servir de puente para volar á la casa de enfrente; tres antepechos y tres ventanas; de manera, que son nueve los agujeros que permiten la entrada en este castillo encantado, á los rayos del sol, á las horas en que los edificios de la acera de la izquierda no les sirven de pantallas. La categoría de los que se cobijan bajo la techumbre de tan informe mole, puede conocerse desde la calle por la mayor ó menor diafanidad de los vidrios que cubren los agujeros de las tres habitaciones. Los de la primera conservan intactos su brillo y su color; los de la segunda están barnizados con un betun que tira á negro, y los de la tercera, ni son azules ni son rojos, pues han sido hechos para distinto objeto. Entrando por la puerta principal, tambien puede venirse en conocimiento de la posicion que sus moradores ocupan en la sociedad, sin mas que tomarse el trabajo de contar el número de las escaleras que hay que salvar para llegar á sus respectivas viviendas.

Tómense la molestia mis caras lectoras de subir conmigo unos treinta peldaños, haciendo alto en una meseta, cuyo suelo embaldosado con unos tres mil pedazos de ladrillo, ofrece una superficie no muy tersa, pues de vez en cuando hay que saltar varios fosos ó sepulturas capaces para enterrar una legion de Suizos.

Ahora demos tres golpes bien fuertes en una de las hojas de la descomunal puerta que está á la izquierda, y de seguro nos saldrá á responder una muger, con cuyo tierno corazon es fama que en tiempo de la primera república francesa, jugó á la pelota Cupido, disfrazado de ciudadano granadero; de lo cual puede deducirse en buena lógica, que la que nos inspecciona tras de la rejilla para luego dejarnos la entrada franca, lleva á cuestras catorce lustros y pico. Una vez introducidos en la habitacion, pasemos sin cumplimiento á una espaciosa sala, la cual no tiene otra cosa de particular que el techo muy elevado y el suelo con algun declive. Cuatro cornucopias semidoradas; tres cuadros, el uno representando la *toma de Constantina*, el otro á *Robinson tegiendo la red* y el de mas allá á *Pablo y Virginia arrebozados con un manto*, constituyen el adorno de las paredes de la sala, blancas en un tiempo y pardas en el dia. Catorce desvencijadas sillas, como haciendo la guardia á un labador que por adorno de cabeza tiene una jofaina de laton á guisa de tricordio en batalla, colocado frente por frente de una cómoda muy panzuda, sobre la cual se ostentan un San Juan de cera, un Napoleon de yeso y un perrito de lanas de la misma materia, son los muebles mas visibles de la estancia.

Reparad allá al remate de la sala, muy cerca de un ventanillo, la mitad de una persona humana, porque tiene escondida la otra mitad tras de las faldas de un largo tapete verde, adorno de la mesa, sobre la cual, si nos acercamos, veremos que hay una porcion de cuartillas de papel y un tintero de piedra jaspe, tamañito



como la pila de una fuente. Es un jóven de veintisiete años, chico de cuerpo y grande de alma, de escaso pelo y de poca barba, cuyo bigote empénase en colocarlo á lo portugués, formando hacia los ojos una media luna. Llámase Pedro Redondillo de Sinalefa. A la sazón se encuentra abismado en alguna meditacion, á juzgar por su postura y ademanes; pues tiene la pluma entre los dientes, á lo perro de lanas, en una mano apoya su espaciosa frente, y con la otra se rasca de cuando en cuando la oreja. Todo esto indica que su mollera se halla en una de esas fermentaciones tremendas, capaces de dar calor á las ideas mas frias y duras.

Es un poeta horroroso, lloron y *plañidero*, que salta de los campanarios á los cementerios, que mata con frecuencia y que entierra á menudo. Es un sentimental amante de todas las celestiales hermosuras que tienen la atencion de dirigirle una mirada, aunque no sea sino por casualidad.

A pesar de ser dia festivo, y mas de las doce de la mañana, hora en que ya empieza el movimiento de la gente jóven de Vitoria, hállase el poeta metidito en su casa ocupado en componer unas coplas.

El azul de tus ojos  
contemplo ¡oh! Teresa  
puesto de hinojos.....

—Perfectamente; no falta ni sobra ninguna sílaba, segun la cuenta de mis dedos; esclama D. Pedro Redondillo de la Sinalefa, despues de recitar esa especie de seguidillas, en las cuales ha invertido unas catorce horas, que no es mucho tiempo, si se atiende á que no es poeta clásico sino lúgubre, como él dice.—¡Caramba! esta noche consigo la realidad de mis ilusiones, si puedo recitar mis versos á esa divina Teresa, á esa jóven de mis sueños, á esa ideal criatura. Pero el tiempo vuela, y aun todavía tengo que componer otros seis tercetos, tres redondillas, y veinticinco octavas. Empecemos:

Soy tan humano  
que hasta en el sepulcro  
te daré mi mano.....  
Y esto es tan positivo  
como el que se come una pasa  
no masca un higo.

¡Qué inspiracion tan feliz! Qué golpe tan magistral! veamos cuantas sílabas faltan ó sobran.—(Vuelve á pasar revista á los dedos.)—¡Diantre! el segundo verso *co mo el que se co me u na pa sa*, es muy largo; acudamos á la sinalefa, y quitemos algunas sílabas.—Dos golpecitos á la puerta del cuarto, distraen al tétrico coplista, de su clásica tarea.

—Adelante!—dice D. Pedro Redondillo de la Sinalefa, dirigiendo la vista hácia la puerta, que se abre de par en par; y aparece en su dintel un jóven rubio, de semblante risueño, cuyos ojos, aunque azules, giran en sus órbitas con tan picaresca gracia, que mas de una bella se ha sentido abrasada, cuando los suyos han querido luchar con travesura con los del recién venido. Su gracia para hablar, su natural atolondramiento para obrar, su feliz chispa para inventar, y su valor y serenidad para los peligros, al mismo tiempo que la dulzura y amabilidad que se observan en su trato, le han conquistado la estimacion de todos sus compañeros, y ha llegado á obtener lo que hoy se llama *gran partido* entre las hermosas de alto y bajo coturno. (Se continuará.)



## LAURA Y EL TIEMPO.

## APÓLOGO.

Era en mayo; el sol tendía  
sus rayos de oro en el monte,  
la luna en el mar se hundía,  
y el lucero se extinguía  
al confin del horizonte.

El cielo de mil colores,  
de mil colores el suelo  
brindaban vida y amores,  
que si era luz todo el cielo  
era todo el campo flores.

Nunca con mas armonía  
aves y fuentes sonaron  
al radiar el nuevo día,  
pues parece que á porfía  
aves y fuentes trinaron.

Laura, del campo señora,  
la de los brillantes ojos  
con que á todos enamora,  
salió al despuntar la aurora  
por dar á la aurora enojos.

Sueltos los rubios cabellos  
sobre la espalda llevaba:  
encanto causaba vello,  
porque en cada rizo de ellos  
el sol un rayo quebraba.

Y era por Dios maravilla  
ver que sus cabellos rojos  
contrastaban sin mancilla,  
con la tez de su megilla,  
con lo negro de sus ojos.

Mas de un clavel presumido  
soñó querellas y agravios,  
y allá en su tallo prendido  
se juzgó descolorido  
viendo de Laura los labios.

Oh!... y á fé que no era vana  
su razon, pues en conciencia  
diz quien los vió esa mañana,  
que andaban en competencia  
con el coral y la grana.

De nieve su dentadura,  
su garganta de marfil,

torneada su cintura...  
un sueño, á fé, no figura  
otra Laura mas gentil.

Pintábase en la corriente,  
dibujábase en la alfombra,  
y el astro resplandeciente  
sobre la arena luciente  
iba copiando su sombra.

Al verla los ruiñeñores  
daban sus himnos al viento,  
vida cobraban las flores,  
y el arroyo en blando acento  
iba murmurando amores.

Ufana con su destino,  
pasaba la vida Laura  
en el campo peregrino,  
arrancando en su camino  
flores que arrojaba al aura.

Triste afán que daba enojos,  
mas que no causó un suspiro  
á la que, con fijos ojos,  
miraba tantos despojos  
volar en revuelto giro.

Un día...; terrible día!...  
vió por su mismo camino  
llegar con presteza impía  
una carroza que huía  
tirada de un torbellino.

En ella torbo y airado  
iba el TIEMPO recostado:  
llevaba nublado el ceño  
como el que va aletargado  
por los vapores de un sueño.

Al verlo, Laura, gritó  
del peligro apercebida;  
el TIEMPO se incorporó,  
vióla, tiró de la brida,  
y la carroza paró.

—¡Piedad!... las manos alzando  
clamaba la hermosa Laura  
lamentos al aire dando:  
—Piedad! murmuraba el aura.



en los bosques resonando.

—Niña, ¿quien te trajo aqui?  
clamó el TIEMPO;

—mi destino:

¡tened compasion de mi!

—¿Qué puedo yo hacer por tí  
si Dios me trazó el camino?

—¡Duro sois á mi querella...  
dijo la niña llorando:

y el TIEMPO al verla tan bella,  
dijo á Dios con ruego blando,

—Señor, marcadme otra huella...

—No, no, con potente acento,  
*mi ley es una*, gritó

Dios desde su inmenso asiento:  
y á esta voz se estremeció  
el orbe por su cimientó.

Y marcándole el camino,  
empujó al TIEMPO adelante,  
y al traves del torbellino,  
fué la juventud brillante  
de aquel angel peregrino.

Rodó Laura por la arena,  
y el TIEMPO arrugó su frente;

aquella frente serena

que dió envidia á la azucena,  
y á quien dió espejo la fuente.

Cayó Laura, y se apagaron  
sus ojos de terciopelo;  
sus rizos de oro se ajaron,  
rizos que el color robaron  
al astro que llena el cielo.

Cayó Laura... ¡flor de amores...!  
con ella tambien cayeron  
árboles, frutos y flores,  
y los gratos ruiseñores  
de la espesura se huyeron.

Hay quien dice que escalaba  
del pecho roncós gemidos  
el TIEMPO que se alejaba,  
cada vez que atrás miraba  
tantos encantos perdidos.

No lo sé: mas si volvíó  
atrás los ojos por ella,  
de cierto, el TIEMPO lloró,  
que á Laura conocí yo  
y era esa Laura *muy bella*.

Antonio Hurtado.

## BULLE-BULLE.

En medio de la monotonía que generalmente ofrecen las escenas de la vida social, ya por la vulgaridad de la mayoría de los actores, ya tambien porque con el trascurso del tiempo se han ido agotando los resortes dramáticos que pudieran dar á estos espectáculos alguna variedad, descubrimos nosotros una figura que en el siglo XIX como en el siglo I, que en tiempo de Tamerlan como en tiempo de Luis Napoleon, ha estado y está constantemente en las tablas, y siempre fijando las miradas de los espectadores, siempre entreteniéndoles, sin haber degenerado en lo mas mínimo de su primitivo origen. Esta figura, que ha atravesado el océano de las edades sin mojarse las bragas -como suele decirse- que se ha conservado intacta -como muchos abusos de España- que no ha perdido un cabello en los recios temporales de la barbarie y de la civilización, esta figura se llama *Bulle-Bulle*; ó, por mejor decir, nosotros la llamamos así, aplicándole el nombre de un conocido nuestro, imagen ó traslado suyo, llamado D. Gerónimo *Bulle-Bulle*.

D. Gerónimo *Bulle-Bulle* se encuentra en todas partes, ó donde menos se piensa, como Dios, la policía secreta y D. Ramon Cabrera; si vais á un baptizo allí estará de seguro; si vais á un duelo allí tropezareis con él. D. Gerónimo *Bulle-Bulle* ha visto, ha oído, ha olido, gustado y palpado todo: es el Judío Errante, el Cólera-morbo, el movimiento continuo, una variedad de *El Hombre-Mosca*, pero una variedad mas noble, aun en su parte ridícula.



Unas veces se echa encima el traje de conquistador, y es *Alarico* que sale del Norte con el objeto de poner patas arriba al Occidente. ¿Quién es el *Bulle-Bulle* de esa época salvaje? *Alarico*; no se pronuncia otro nombre que el suyo: *Alarico* por acá, *Alarico* por allá, y por do quiera *Alarico*.

Otras veces es el fundador de una secta religiosa.

Demos un paso de dos siglos largos, y tropezaremos con *Mahoma* y su *zancarron*, que *zancarron*, y no *zancas*, se necesita para salvar de un salto, como mis lectores y yo lo hemos hecho, nada menos que un abismo de mas de doscientos años. De *Mahoma* hablan todas las viejas, todos los chiquillos y todos los mozos de entonces; *Mahoma* es entonces un cometa que asoma por el Oriente, hácia el cual se dirijen los ojos de Europa, haciéndose sobre su aparicion mil comentarios diversos, y mil pronósticos variados.

César y Alejandro, Lutero y el Emperador Carlos V, Saladino y Napoleon Bonaparte, Colon y Xerxes, han sido otros tantos *Bulle-Bulle*, que han dado mucho que hablar y murmurar, reir y llorar al mundo en sus dias, y no poco en los que despues han venido.

Pero volvamos á nuestro precioso D. Gerónimo, que es sin duda el modelo de los *Bulle-Bulle* de la clase media, así como los que acabamos de citar han sido los leones, los reyes de los animales de su tiempo, ó, en otros términos, los generales de la Orden del *Bulle-Bulle*.

D. Gerónimo es chiquitito, vivaracho, medianejamente despejado, pues si bien le falta una legua, lo menos, de camino para alcanzar á Salomon ó á Séneca, tiene dotes que en la sociedad suplen con frecuencia á las que nacen de un claro talento natural y de una instruccion sólida y cultivada. Estas dotes son la osadía y la poca aprension.

¿Se trata de viages? Nadie ha viajado como él, segun la opinion de D. Gerónimo *Bulle-Bulle*.

¿Se habla de una riña que ocurrió en medio de una calle, y que se apaciguó por la benéfica intervencion de una persona? El presenció la riña y él la apaciguó.

¿Se ha salvado de un naufragio ó de un incendio á un infeliz? D. Gerónimo dice que alli estaba él precisamente cuando sucedió el lance, y que él fué la Providencia de aquel desgraciado.

Disputad con él de politica, y se atreverá á sostener que conoce á todos los personajes que figuran, que está en el interior de todos los misterios de las altas regiones, que ciertos actos se deben á su influencia ó á la de sugetos sobre quienes él influye poderosamente; y sostendrá todo esto, aunque en verdad no tenga motivo alguno para ello, con una calma y serenidad imperturbables.

Hablad de modas que pasaron; si es de sombreros de ala ancha, el primer sombrero de ala ancha que se vió en tal ó cual pueblo -os dirá- fué el sombrero suyo. Si es de botas de charol, nadie se acordaba de ponérselas en esta ó la otra ciudad, cuando él ya habia roto lo menos trece pares.

Que se trata de una empresa cualquiera; D. Gerónimo ha de manejar todos los planes, proponer todos los medios, desempeñar todo cuanto haya que hacer, con tal de sobresalir en primera linea, ó en segunda, ó á la cola, que esto no le importa; lo que realmente le importa es que se sepa que está allí en cuerpo y alma.

Si D. Gerónimo *Bulle-Bulle* tuviese talento podria llegar á ser ministro en cuatro dias -aunque su hoja de servicios á la nacion estuviese en blanco- bien que res-



pecto de hojas, negras las hay que así valen como las blancas, porque están negras á puros servicios de *hojarasca*.

D. Gerónimo *Bulle-Bulle* es de cortos alcances, por cuya razón no será ministro en cuatro días, pero puede serlo en cuarenta, como él sepa manejarse, que si sabrá, pues de menos nos hizo Dios, y para ser muchas cosas en el mundo lo mismo dá cuatro que cuarenta.

Nuestro amigo es un excelente farmacéutico ó confeccionador de reuniones de todo género, de bailes, de sociedades dramáticas caseras: le gusta arreglar los matrimonios desavenidos; se apresura á averiguar todos los acontecimientos del día, y recibe un verdadero pesar cuando otro se adelanta á dar una noticia cualquiera, pues su boca es generalmente el órgano por donde se transmiten todas las novedades.

Como los *planetas*, tiene sus satélites que giran al rededor de él, satélites que abren los ojos para oírle y la boca para verle, que le cercan que le preguntan, y le traen y le llevan.

Como las mariposas, vaga de flor en flor, ó, lo que es lo mismo, de casa en casa, de negocio en negocio, de conocido en conocido. Por lo regular se fija muy poco en lo que dice y en lo que promete, y no puede suceder de otra manera, pues es hombre que habla por los codos y promete por las mangas.

*Bulle-Bulle* tiene la atracción del imán, la ligereza del ciervo, la curiosidad de la policía, y la veleidad de la coqueta y de muchas notabilidades políticas. Hoy no sabe que hacerse con un amigo, y mañana le olvida; hoy le abraza, le besa y le acaricia, y mañana no le saluda, sin que en esto deba sospecharse que lleva mala intención, pues no suele llevarla ni mala ni buena.

En punto á política es ateo y panteísta al mismo tiempo: tiene que no creer en nada y creer en todo, pues si solo creyese en algo no podría sostener la envidiable y universal armonía en que vive con todo el mundo. Si á algun partido político pertenece, es sin duda al de los *imparciales*, esto es, al de los tontos.

Sus brazos tienen mucha semejanza con las aspas de un molino, cuando el viento sopla, pues están en continuo movimiento; ya se alargan, ya se encogen, ya se suben ya se bajan; y este movimiento va acompañado frecuentemente del de la cabeza, las piernas y el cuerpo. Si hubiese muchos *Bulle-Bulle* en una población, los zapateros se harían poderosísimos, pues apenas hay calle por donde el nuestro no transite apresurado tres ó cuatro veces al día.

En todos los pueblos -por pequeña que sea su importancia- existen algunos *Bulle-Bulle*. ¿Quereis saber quienes són, cómo se llaman, donde viven y qué hacen? Pues no insistais en averiguarlo: ellos mismos se os vendrán á la mano, si sois forasteros, ó aunque no lo seais, como los peces el cebo, como los cuerpos al centro de la tierra y como las viudas á cobrar una paga.

Lo mismo que de los pueblos decimos de cualquier especie de sociedad ó corporación. En la milicia hay *Bulle-Bulle*; en las asambleas nacionales hay *Bulle-Bulle*; los tenemos en los teatros, en las Academias científicas y literarias; los vemos á todas horas en las tertulias y en los paseos, en los cuales hablan siempre á voces para llamar la atención. Por lo general el *Bulle-Bulle*, en cualquiera cuestión, es el primero que pide la palabra; habla si se la dan, y sino la coje con el mayor desparpajo, y casi siempre tiene la satisfacción de ver coronados sus deseos, puesto que se sigue su dictamen nada mas que por haber tomado la iniciativa, ó mas bien porque no hubo otro que la tomase.

El *Bulle-Bulle* mas bien que caracter es *caricatura*: caricatura que hace reír si se parece á D. Gerónimo, caricatura que hace temblar si se asemeja á Eliogábalo;



esta caricatura es una amalgama monstruosa de tipos y de genios diferentes, lo mismo que los *mosáicos* lo son de una ingeniosa mezcla de vidrios, jaspes, mármoles, maderas, etc.

Otros tipos descuellan ó sobresalen igualmente en todas las épocas de la vida; hay, por ejemplo, *niños-moscas*, *jóvenes-moscas*, *hombres-moscas* y *viejos-moscas*; el tipo, cuyo bosquejo estamos trazando, puede asegurarse que desaparece antes de la vejez, pues una de las condiciones mas esenciales de su existencia característica es *el movimiento*, y no es la vejez la edad mas propia para los ejercicios corporales.

Cuando el *Bulle-Bulle* se muere le entierran, como á todo fiel cristiano; y su alma -tal se nos figura- como ha sido tan aficionada en este mundo al movimiento, sube al cielo bailando y metiendo ruido, ó baja de chapuz al infierno -haciendo ridiculas contorsiones- en cuyo último caso, por no perder la costumbre, lo mismo es entrar en los profundos que decir:—*Pido la palabra!*

Ventura Ruiz Aguilera.

### DUDAS.

Un bien es muchas veces la memoria;  
un bien es muchas veces el olvido;  
aquella, si recuerda solo gloria;  
si deja, el otro, en paz el bien perdido.

—Pudiera *tal* memoria por olvido  
trocar, ó *tal* olvido por memoria!  
á veces olvidar el bien perdido  
mata.... como el recuerdo de la gloria.—

—Por eso entre el olvido y la memoria  
qué se puede elegir? memoria..? olvido..?  
qué será si se olvida alegre gloria?  
qué vendrá recordando el bien perdido?—

—Yace tanto placer en el olvido!  
nace tanto placer con la memoria!  
mas fué tanto dolor con lo perdido!  
viene tanto dolor tras de la gloria!....—

—Qué al cielo pides tú? quizás memoria:  
mas dichoso, tal vez, si te dá olvido:

muere á veces la flor ¡ay! de la gloria  
con solo recordar el bien perdido.—

—Uno, en su corazón escribe: *olvido*:  
otro, en su mente escribirá: *memoria*:  
para cuál de los dos lo ya perdido  
antes fué dicha, ó, recordado, es gloria?—

—No esquives el altar de la memoria,  
ni bebas en la fuente del olvido:  
de todo inciertos, el dolor ó gloria  
deja con lo pasado ya perdido.—

—Ni levantes la losa del olvido:  
deja dormir, (si duerme,) á la memoria:  
lágrimas has de dar al bien perdido,  
mas lágrimas que albricias á la gloria.—

—Mas, si has de ser feliz con la memoria,  
sus alas bata el ángel del olvido;  
y ábranse flores de tranquila gloria  
donde abriste la tumba al bien perdido.—

Juan Vila y Blanco.

### INGLATERRA.

Largos años de debates parlamentarios, de discusiones científico-políticas, y de querellas de partido se han sucedido antes de que la adopción del célebre *Bill* de reforma electoral pusiese (1832) en armonía á la antigua constitución inglesa con el espíritu de la época. En un país donde tan arraigadas se hallan las costumbres y tradiciones, poca influencia han podido ejercer las ideas democráticas del continente; al menos hasta el día es indudable que no se han notado resultados prácticos, por mas que en el campo de las ideas políticas los pensadores del Reino-Unido estén en tan avanzada línea como los de otras partes.

Generalmente la opinion pública estaba dividida en dos bandos militantes, los *Whigs* y los *Torijs*: conservadores tenaces los segundos, distinguíanse de los primeros en muchas cosas; pero el punto capital que diferenciaba á los unos y á los otros consistía en que los *Torijs* consideraban á toda reforma parcial en la constitución como una innovación peligrosa, y los *Whigs* por el contrario profesaban la máxima de que las instituciones humanas, no pudiendo ser naturalmente perfectas, requieren reformas, cuando las necesidades públicas lo exigen.



El triunfo electoral grangeó á los Whigs gran popularidad en el país, y en el continente, la esposicion de doctrinas á que dió lugar la prolongada campaña parlamentaria sirvió para señalar el límite divisorio de ambos partidos.

La prevision del partido Whig desde aquella época comenzaba á comprender las variaciones que las circunstancias obligarian á introducir en el cuerpo político, que en la nacion feudal por escelencia, se llama *State-and-Church*.

No ha dejado de ponderarse el mecanismo de la maquinaria gubernamental de la Gran Bretaña; y como es la mas antigua de Europa, muchas de sus ruedas han servido de modelo de máquinas análogas construidas en otros países. Como quiera que sea, la habilidad consumada de su aristocracia no ha podido impedir la formacion de otros dos partidos poderosos, uno de los cuales concluirá por derribar en su día el gigantesco edificio feudal de la monopolizadora nacion de los tiempos modernos. Este partido es el Cartista, que se compone en su mayor parte de los desheredados en el órden político, de la clase obrera, que aspira á tomar parte directa en los negocios de la patria. Teniendo en cuenta la miserable existencia que arrastra esta numerosa familia, que con su sudor crea las inmensas riquezas de que disfrutan solo los privilegiados de la fortuna, no se puede menos de recapacitar maduramente sobre los fundados argumentos que esponen los Cartistas todos los días ante la razon y la conciencia de sus monopolizadores. Los ensayos de los Cartistas no han producido hasta el presente otro fruto que sangre y martirios; pero no por eso puede asegurarse que la aristocracia debe mirar el porvenir sin sobresaltarse. Si como es de esperar, crece lozano el arbol que plantado han en el Continente las razas latina y germana, su sombra podrá marchitar las plantas de las Islas, que no guardan ya ninguna relacion con el magnífico jardín que se propone cultivar la Europa.

El otro partido nuevo en el reformista, á cuya cabeza está el célebre economista-financiero Hume. Si algun día se entabla la lucha entre los partidos seculares y los nuevos, el reformista perecerá en la lucha, mas que luego resucite y logre ser dueño del poder. Tal es la condicion de los partidos que profesan sus principios.

Cuando nos ponemos á considerar sobre esta trasformacion de principios, de nacionalidades, de razas, de instituciones etc. etc., no podemos menos de dudar de la buena fé de la soberbia Albion. Porque ¿cómo hacernos la ilusion de que los hombres públicos de la Gran Bretaña saludan con júbilo la nueva aurora, si el sol que aparece en los horizontes europeos precisamente ha de abrasar y quemar la obra secular de iniquidades, que todavia prevalece en esas islas?

Motivo hay para creer que no querrá esa nacion apresurar el cataclismo de que se vé amenazada formalmente dentro de su casa, mucho mas si no se consigue apagar el incendio de otras partes. Si se estudiase con atento cuidado el móvil interesado y egoista que induce constantemente á obrar á esa potencia en los negocios del mundo, no habria lugar á tantos equívocos, ni se verian defraudadas tantas esperanzas legítimamente concebidas.

Por el camino que vá, no es fácil que pueda curarse las horribles gangrenas que matan paulatinamente su robusto cuerpo; y mientras no veamos que reconoce la bondad del principio que ha de sanar las llagas de su mismo cuerpo social, no debe creerse que obra de buena fé, cuando su astucia se mezcla tan inconvenientemente en todas las dificultades que se originan, y que complica, por lo regular, su intervencion.

España, Grecia é Italia no deben olvidar las durisimas lecciones que han recibido en estos últimos tiempos de parte de la ambiciosa señora de los mares, cuyo día solemne llegará—tal vez pronto—siguiendo la humanidad en estas evoluciones que ha emprendido nuevamente.

A. M.